

THE LITTLE MERMAID, Y SU ADIÓS A LA INFANCIA

Martinez, Ariel

Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. La Plata, Argentina.

RESUMEN

El presente trabajo utiliza aspectos del relato *The Little Mermaid* de Hans Christian Andersen como alegoría de los trabajos psíquicos implicados en las metamorfosis de la pubertad y su elaboración psíquica adolescente. Así, bajo claves teóricas del psicoanálisis, se ofrece una perspectiva que aborda las transformaciones del sujeto a lo largo del tiempo en términos de devenir, pues la temporalidad psíquica no reconoce linealidad ni determinismo absoluto. A partir de una exégesis de textos fundamentales para nuestro propósito, exploramos panorámicamente la encrucijada inédita de lo puberal bajo los tópicos de la exploración y la segunda oleada de la sexualidad, así como el trabajo de duelo, la transformación de la imagen especular del cuerpo, la resignificación edípica y la ampliación del panorama identificatorio, vectores psíquicos que integran la adolescencia en tanto proceso de elaboración y tramitación simbólica de lo radicalmente nuevo. En esta línea, se reflexiona respecto del carácter retroactivo de los cambios, en negociación perpetua con los núcleos estables e invariantes de la subjetividad, que alimentan el vértigo libidinal e identificatorio acompañado del afecto jubiloso y penoso que implica crecer.

Palabras clave

Pubertad - Cuerpo - Adolescencia - Duelo

ABSTRACT

THE LITTLE MERMAID, THE FAREWELL TO CHILDHOOD

The present work makes use of different aspects of Hans Christian Andersen's tale, *The Little Mermaid* as an allegory of the psychic works implicated in the metamorphosis of puberty and its teenage psychic elaboration. Thus, under theoretical psychoanalysis keys, a perspective that addresses the transformations of the subject as time goes by in terms of becoming is offered, since the psychic temporality does not recognize linearity or absolute determinism. From an exegesis of texts that are fundamental to our purpose, we panoramically explore the unprecedented intersection of the pubertal under the topics of exploration and the second wave of sexuality, as well as the work of mourning, the transformation of the specular image of the body, the oedipal resignification and the enlargement of the identifying panorama, psychic vectors that integrate the adolescence as an elaboration process and symbolic processing of the radically new. Along this line, we reflect upon the retroactive character of the changes, in perpetual negotiation with the stable and invariant cores of subjectivity that feed the libidinal and

identifying vertigo in tow with the joyful and awful affection that growing up implicates.

Keywords

Puberty - Body - Adolescence - Mourning

Introducción

The Little Mermaid (1837) de Hans Christian Andersen, ilustra las metamorfosis de la pubertad y los procesos psíquicos implicados y derivados de allí. El relato permite inferir, desde claves teóricas psicoanalíticas, trabajos psíquicos nunca observables. En función de nuestro propósito aquí, podríamos resumir la historia así:

§ *La sirenita vive en un palacio hermoso y mágicamente submarino junto a su padre, el rey del océano. Ella anhela apasionadamente que se le permita elevarse a la superficie del mar y experimentar el sol, el aire, la tierra y a los seres humanos. Mientras tanto cultiva su jardín en el fondo del mar, que consiste simplemente en una cama redonda de flores rojas y la estatua de un humano. Cuando cumple quince años nada con entusiasmo hacia el mundo que ella encuentra irresistible, abierto e iluminado por el sol. Se enamora de un príncipe humano -parecido a la estatua de su jardín- que, por la noche, ve en un barco. A partir de entonces, ya no se siente pertenecer al mundo submarino, anhela el mundo humano y el amor del príncipe. Una noche en el mar, luego de ser aclamada públicamente como poseedora de la voz más hermosa, se abre camino a través de un desierto submarino hasta llegar al hogar de una bruja para implorar su ayuda mágica. La bruja le ofrece una poción que convertirá su cola de pez en piernas humanas, lo que le dará oportunidad de ganar el amor del príncipe. El precio es su lengua. La sirena permite que la bruja le corte la lengua, abandonando dolorosamente su casa y su familia, y bebe la poción en la orilla. Comienza a sentirse hendida en dos, como por una espada, hasta poseer hermosas piernas. Cada paso que da le producen fuerte dolor (algo que la bruja le ha advertido), como si cuchillos le perforaran sus delicados pies. El príncipe la encuentra, la protege y se encariña con esta acaudillada muda. El príncipe, sin embargo, decide casarse con una princesa de un reino vecino. §*

Exploración puberal

Encontramos en el relato la imagen de la transformación corporal de la sirenita. El hecho de que su cola de pez se metamorfosea en piernas humanas expone la radicalidad y novedad de los cambios corporales durante la pubertad. Por un lado, después

de elevarse hacia la luz del sol desde el mágico palacio submarino de la infancia, camina sobre nuevos territorios con nuevas piernas. Irrumpen nuevas zonas corporales aún no integradas a la *imagen del cuerpo*. Mario Wasserman (2011) señala la incertidumbre que envuelve este momento del devenir subjetivo para quien se enfrenta con transformaciones derivadas del cuerpo todavía perteneciente a un Yo infantil. Se pone en marcha un *trabajo de exploración*, realizado desde núcleos permanentes e invariantes de la subjetividad que aseguran un amarre identificatorio con el cuerpo devenido abruptamente desconocido. A pesar de las incertidumbres, el Yo es sede del despliegue de la exploración que reúne materialidad representacional y sensorial para la (re)construcción de la *imagen del cuerpo*. Wasserman enfatiza que “la exploración se hace sola, el cuerpo mismo busca su novedad sin que el yo pueda intervenir” (Wasserman, 2011, p. 21). Como un barrilete que cobra otras dimensiones insospechadas e inéditas hasta el momento, y, en su vuelo, arrastra detrás de sí a quien hasta ese momento lo remontaba eficazmente, el cuerpo metamorfoseado se coloca delante del Yo infantil. El espacio corporal, en tanto representación psíquica [1] “se rompe, pierde su sentido y debe ser reinstalado” (p. 57). Gracias al trabajo exploratorio, el Yo infantil “ya dispone, para darle sentido a su cuerpo, de otros pensamientos que no tenía (...) sus pensamientos de niño no le sirven para su cuerpo adulto; debe, por lo tanto, crear una nueva forma de pensar” (p. 57). El relato de Andersen delimita un precursor de estos *trabajos exploratorios*, el cual late superpuesto a las metamorfosis de la pubertad. El precursor refiere al dominio aventurero del niño cuando accede a la locomoción vertical. Estos primeros movimientos exploratorios del Yo -que involucran de forma central al cuerpo y sus transformaciones- resuenan en el vértigo de la novedad acontecimental de los temores, ansiedades y excitaciones puberales, como ecos de una existencia independiente y separada que se dirige, no sin *trabajo psíquico*, hacia la conquista de la *autonomía de pensamiento* (Aulagnier, 1991b). La imagen de la transformación de la sirenita, una cola metamorfoseada en piernas, encarna aquello que Freud (1905) ha conceptualizado como *las metamorfosis de la pubertad*. La súbita bifurcación de la sirena implica una disponibilidad sexual repentina impulsada a partir de *la segunda oleada de la sexualidad*. Freud ofrece claves metapsicológicas para dimensionar estas transformaciones corporales en todo su espesor. El trazado pulsional del cuerpo puberal se altera abruptamente. Para Freud la *pulsión* es “un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, (...) un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, (...) una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1915, p. 117). Así, el cuerpo tocado por la dimensión erógena del Otro -quien/es ejerce/n las funciones necesarias para la constitución psíquica (Abelleira & Delucca, 2004)- no puede ser pensado únicamente como un existente gobernado por la

necesidad biológica. Su pura naturalidad queda perdida, aunque permanece como infraestructura material, soporte carnal, condición necesaria -pero no suficiente- para el advenimiento de la subjetividad. Aunque lo psíquico se apuntala en el funcionamiento biológico, no se reduce a los principios de su funcionamiento ni a la dinámica de su temporalidad. La *pulsión*, que cabalga entre lo biológico y lo psíquico, nos recuerda el amarre material de la vida psíquica, la ruptura de la pura naturalidad del cuerpo y, también, arrebata las metamorfosis de la pubertad de su consideración como fenómeno exclusivamente biológico. Freud describe modificaciones biológicas, tales como el desarrollo de caracteres sexuales primarios y secundarios. Pero aún más relevante es el *advenimiento de los genitales*, como zona rectora de la economía erógena que, hasta el momento, permitiría lidiar con el principio económico del aparato psíquico que tiende hacia el placer y evita el displacer. Las *zonas erógenas* se organizan bajo el *primado de los genitales*, en palabras de Freud (1905), “la consecución de placer se ha puesto al servicio de la función de reproducción, y las pulsiones parciales, bajo el primado de una única zona erógena” (p. 179). Así, irrumpe la dinámica de un placer final, que se diferencia de un placer previo -relictos de la satisfacción infantil autoerótica que, ahora, ya no son suficientes para gestionar el umbral de placer que la psique requiere para su funcionamiento. Estas nuevas demandas libidinales envuelven el cuerpo bajo vivencias inéditas y, por tanto, desconocidas.

Trauma puberal

María Cristina Rother de Hornstein (1992) señala que el estupor y temblor erógeno puberal configura un traumatismo para el Yo infantil. Se trata de un “hito o encrucijada en el itinerario de la historia libidinal e identificatoria del sujeto” (p. 71), historia cincelada por el Yo a partir de las exigencias que impone una “trama de acontecimientos que se resignifican entre sí” (p. 71). A criterio de la autora, los cambios corporales, inéditos, forman una *masa acontecimental* desestructurante y estructurante que impacta vivencialmente. En suma, una experiencia que trae consigo un montante de excitación excesivo en función de las posibilidades de *elaboración psíquica*. Laplanche y Pontalis (1996) definen el trauma como cualquier “acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad [y] la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente (...). En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo, en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones” (p. 447). En este sentido Rother de Hornstein señala la pubertad como el traumatismo por excelencia; y no puede ser de otro modo si consideramos el cambio en “la cualidad de las manifestaciones del mundo pulsional” (p. 73) en la pubertad, esto “implica la producción de algo radicalmente nuevo, irreductible a lo previo (...), emergentes [que] superan con creces la secuencia razonable que él [niño] es capaz de argüir desde

su sexualidad y su discurso infantil (...), este frente genera un vacío de significación y exceso que, como el cauce desbordado de un río, busca alguna locación” (Moreno, 1997, p. 12).

La irrupción traumática de *lo puberal* cabalga sobre una compleja estructura temporal que se compone de (al menos) dos escenas separadas en el tiempo, algo así como una *temporalidad bifásica de la memoria* -que Freud (1895) vincula con la producción del trauma. Se trata de una *acción diferida* donde lo actual altera el sentido de lo previo, tornándolo traumático. El aplazamiento del significado (sexual), se vincula con la naturaleza bifásica de la sexualidad humana. Estas oleadas abren brechas temporales que alejan la construcción de la subjetividad de procesos puramente lineales. Durante las primeras escenas, infantiles, la experiencia es registrada sin sus connotaciones sexuales debido a que su organización psicosexual no le permite significar la experiencia en esos términos. Luego de un período de latencia, después de la segunda oleada de la sexualidad, las escenas (puberales) suscitan aspectos que se vinculan asociativamente con las escenas infantiles. En la actualidad de la segunda escena, luego del advenimiento de las metamorfosis de la pubertad, se produce la respuesta traumática; ahora el Yo cuenta con los elementos necesarios para asignar, retroactivamente, significado sexual de las primeras escenas. En suma, al (re)significar el recuerdo emerge el acontecimiento traumático, al que adjudica retroactivamente el significado (sexual).

Trabajo de duelo en la adolescencia

Esta trama acontecimental exige al Yo trabajo de elaboración, metabolización, reorganización y transformación simbólica para entramar, retroactivamente, lo nuevo en lo ya constituido -un verdadero trabajo de historización del Yo (Lewkowicz, 1997). En el contexto de este *trabajo adolescente* podemos pensar en el dolor de la sirenita al caminar. El tránsito por el dolor de la independencia, de la solitaria hazaña del riesgo, del *crecimiento*, de renunciar a lo perdido -aquella fantasía mágica de la infancia y del mundo familiar: “su majestad el bebe” (Freud, 1914, p. 88). Adriana Bauab de Dreizzen (2001) nos recuerda que este *Dolus* -dolor, pena, aflicción- se conecta etimológicamente con el término *Duelo*. Laplanche y Pontalis (1996) definen el duelo como un “proceso intrapsíquico, consecutivo a la pérdida de un objeto de fijación, y por medio del cual el sujeto logra desprenderse progresivamente de dicho objeto” (p. 435). A pesar de su faz intrapsíquica, los anudamientos vinculares -tanto libidinales como identificatorios que nos constituyen intersubjetivamente - labran profundos nudos constitutivos con *objetos*. Ante la pérdida de estos objetos a los que el sujeto se encuentra apasionadamente (libidinalmente) apegado [2], la psique no puede, sin más, quitar sus investiduras y dirigir las hacia otros objetos. Freud (1917) explica la forma en que la psique debe lidiar con la pérdida, volviendo la libido al Yo. Se produce, así, una *sobreinversión* del objeto interno perdido que reposiciona pieza por pieza la representación interna, única forma de disponer del capital libidinal que permita

volver al mundo. Otra acepción de duelo señala claramente este momento del trabajo simbólico: *Duellum* -batalla, desafío, combate entre dos. Activamente el sujeto debe consumir, por segunda vez, la pérdida, asesinando simbólicamente al objeto perdido. El trabajo elaborativo del duelo configura una pieza clave de las transformaciones y reorganizaciones psíquicas, involucra una función subjetivante, “atañe a un cambio de posición subjetiva, a una reorganización de la carga libidinal respecto del objeto” (Bauab de Dreizzen, 2001, p. 17).

Conflicto identificatorio

La formidable metáfora de Andersen integra de forma magistral, en una sola imagen, el drástico desasimilamiento de lo previo, la dolorosa preparación para el cambio y las irrevocables pérdidas de la infancia, por un lado, con la oleada de conquista esperanzadora y eufórica suscitada por la autonomía del mundo adulto, por otro lado. Piera Aulagnier (1991a) conceptualiza el conflicto identificatorio [3] -y su concomitante reorganización de las investiduras libidinales- propio de este momento en el que se tramita psíquicamente las transformaciones puberales. Junto a Julio Moreno (1997), con discurso o estructura infantil señalamos la representación que el Yo se forja en relación con el objeto investido -en los primerísimos tiempos los dones libidinales y la materialidad identificatoria que la constitución psíquica requiere provienen de los otros parentales. Piera Aulagnier (2004a) concibe al sujeto en continuo devenir no lineal -condenado a investir-, el Yo se despliega en “una autoconstrucción continua del Yo por el Yo” (p. 167). En la encrucijada adolescente, “el yo es el redactor de un ‘compromiso identificatorio’; el contenido de una parte de sus cláusulas no deberá cambiar, mientras que el contenido de otra parte de ellas tendrá que ser siempre modificable para garantizar el devenir de esta instancia (...), el principio de permanencia y el principio de cambio son los dos principios que rigen el funcionamiento identificatorio” (1991a, p. 224). Durante la infancia, nos dice la autora, el Yo parental es cosignatario de tal compromiso, pues las insignias identificatorias, a partir de las cuales el Yo significa su propia experiencia y aporta inteligibilidad al mundo, provienen del *discurso parental*. El abandono del mundo de la infancia exige al Yo ser único signatario y labrar una redacción conclusiva, un reposicionamiento subjetivo a partir de nuevas cláusulas, nuevas referencias que circulan en la expansión del panorama identificatorio [4], que se anudan con un núcleo de permanencia, cláusulas no modificables, “que garantizan al yo la inalienabilidad de su posición en el registro simbólico” (p. 226).

Mediante trabajo de historización, el Yo se re-sitúa respecto a un pasado que, en ese mismo acto, se (re)construye. Este proceso es condición de posibilidad para proyectarse en la apertura psíquica de un tiempo futuro (Aulagnier, 2004a). Historizar implica un proceso activo y singular por parte del Yo, a partir del cual se producen nuevos sentidos. En relación con este trabajo historizante del Yo, Piera Aulagnier (2003) señala: “es una necesi-

dad de su funcionamiento situarse y anclar en una historia que sustituye un tiempo vivido-perdido por la versión que el sujeto se procura merced a su reconstrucción de las causas que lo hicieron ser, que dan razón de su presente y hacen pensable e investible un eventual futuro” (p. 15). La configuración y proyección en un tiempo futuro se apoya en una reconstrucción siempre parcial, fragmentaria, selectiva, continua y cambiante del pasado. El Yo (re)construye una versión de sus orígenes, de su propio pasado enunciado y anticipado por los otros, en suma: el Yo debe anclarse en referencias permanentes y estables que aseguren la continuidad y la transformación a lo largo del tiempo. En aquel cruce el Yo se articula en su proceso de historizar y, así, construye una distancia irreductible y estructurante entre un tiempo pasado, un tiempo actual y un futuro anticipado.

Representación especular del cuerpo

La sirenita nos muestra el esfuerzo del trabajo adolescente por investir un mundo más expansivo. Con este “movimiento temporal e identificatorio, todo sujeto va a abandonar, empujado por la ‘dura realidad’ o como conquistador [este es el caso de la sirenita], las orillas de este mundo que ya no es reducible ni superponible al tiempo y el mundo meramente familiares” (Aulagnier, 1991a, p. 226). Estas transformaciones implican angustia, dolor, y contradicciones agudas. El relato de la sirenita nos muestra un camino poblado de cuchillos que la adolescente pisa a cada paso, y hieren su auto-imagen. Si, al igual que la sirenita, sufriéramos un cambio corporal abrupto, y una mañana despertáramos convertidos en otra persona, o con otro rostro ¿seguiríamos siendo nosotros? ¿Qué proceso psíquico permite que anudemos la imagen en el espejo con nuestro Yo bajo la convicción de que allí está nuestro reflejo? ¿Qué procesos psíquicos se ponen en marcha en la transformación de nuestra representación del cuerpo cuando observamos que la totalidad, o algunas partes, del cuerpo ya no coinciden con lo que somos? La pubertad implica este tipo de experiencias, cierta interrupción en el reconocimiento de uno mismo, una fragmentación de la identidad, una experiencia donde lo más próximo y familiar es invadido por lo ajeno -aquello que Freud (1919) denominó como *lo ominoso*, y Lacan (1988) como *méconnaissance*. Esto es: una pérdida de conexión entre la propia representación del cuerpo, las sensaciones corporales y la propia imagen del cuerpo ante el espejo, un abrupto disloque respecto a aquella imagen tempranamente construida, representada e idealizada en contacto con los otros significativos durante la infancia.

Durante el *estadio del espejo*, la identificación con la imagen idealizada reflejada en el espejo construye al Yo. La imagen especular permite una representación del cuerpo que se convierte en “el umbral del mundo visible [del niño]” (Lacan, 1988; Silverman, 1996). Así, el niño se torna autorreflexivo, el Yo puede articular un ‘me veo’ y reconocerse en el espejo a partir de la mediación del umbral de la (re)presentación ‘de sí’ que ha construido sobre la imagen de ‘su reflejo’. El niño obtiene una repre-

sentación visual de su Yo idealizado, el Yo Ideal, que representa la rigidez fija de los límites que contornean su cuerpo infantil y que separan al Yo del resto del mundo. Esta representación del cuerpo coincide con el Yo, sede de la identidad propia, y traza los cimientos de la relación del niño con sus vivencias corporales, en términos sensoriales, y la relación del niño con los demás.

En suma, el niño se identifica con, e inviste libidinalmente, la totalidad de su ser especular idealizado. Cualquier experiencia narcisizante, unificante, como la mirada de los otros y el discurso de los otros, opera como espejos. El estadio del espejo consolida una identificación estable, un espacio reflexivamente interno. El niño construye como realidad lo que percibe en su reflejo: un cuerpo completo y no fragmentado -algo muy diferente a las vivencias autoeróticas corporales previas al estadio del espejo, inscriptas psíquicamente como *imagen inconsciente del cuerpo*. La estabilidad que esta representación psíquica aporta a la vivencia del Yo, como una unidad cohesiva, es amenazada fuertemente con el estallido erógena puberal, que agita la imagen del cuerpo vivido, erógeno, pulsional, desde la materialidad carnal e inconsciente en la que el Yo hunde sus raíces. La alteración de aquellos límites corporales en el espejo fragmentan el Yo y conmueven su investidura libidinal. Así, trastabilla la imagen vista del cuerpo -afluente de la representación del cuerpo que dio origen al Yo. Así, se reinstala la pregunta ¿quién soy?, lo que provoca un derrumbe narcisista, una caída de lo idealizado. El trabajo de duelo permite quitar investiduras libidinales de la imagen idealizada y perdida del cuerpo, para disponerlas hacia la nueva imagen -así podrá amarrarla y recomponerla identificatoriamente como reflejo de sí. Esta vertiente de la representación del cuerpo, localizada en el registro identificatorio, no es indemne a la recomposición identificatoria que, como señalamos, el trabajo elaborativo del duelo despliega. La adolescencia reedita el estadio del espejo, exige al Yo transformación como correlato del trabajo de amarre identificatorio con la nueva imagen en el espejo.

Resignificación Edípica

Antes de ascender en búsqueda de nuevos territorios, dejando atrás el mundo infantil -la hermosa casa submarina- la sirenita era reconocida por su voz. Trocar su lengua a cambio de piernas sugiere, en nuestros términos, que el hecho de crecer implica renunciar a la fantasía [5]. Los elementos del jardín de su infancia ahora adquieren otro significado. La cama de flores y la estatua son símbolo de la intensidad de los vínculos edípicos. Philippe Gutton (1991) señala que “la emergencia de lo puberal se construye en el Edipo” (p. 20), aportando una novedad que impone des-construirlo y reconstruirlo, esto es: alterarlo mediante resignificación de la propia estructura edípica. El cuerpo erógeno puberal se centra cualitativa y cuantitativamente en la zona genital, “una nueva estructura surgirá cuando la inscripción edípica de la experiencia puberal produzca un precipita-

do” (p. 25). Así, la estructura edípica se vuelve escenario de la genitalización del cuerpo puberal. El púber ahora tiene con qué responder sexual/genitalmente ante los objetos primarios de amor, pero “el obstáculo de la barrera del incesto (...) mostrará tendencia a encontrar lo antes posible el pasaje de objetos con los que se puede llevar una vida sexual real” (p. 45). El deseo por el príncipe se vuelve sello de la salida exogámica de la sirenita, este “hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro” (Freud, 1905, p. 203), no una repetición del Edipo, puesto que “en este segundo tiempo de la sexualidad el objeto que se reencuentra es hallado en su dimensión actual. El pasado queda ‘re-compuesto’” (Gutton, 1991, p.47). En palabras de Silvia Tubert (1986) “se reinscribe lo construido hasta el momento (...) y, a su vez, persistirá posteriormente resignificándose en función de las experiencias del sujeto y de sus relaciones con el universo simbólico del que forma parte” (p. 16).

Esta encrucijada en el devenir del sujeto atestigua un proceso psíquico mediante el cual la sirenita logra el desasimiento del *amor identificatorio* con su padre (Benjamin, 1997). Donald Winnicott señala que “en la fantasía inconsciente, el crecimiento es intrínsecamente un acto agresivo” (Winnicott, 1972, p. 185). Esta agresividad refiere a que “si en la fantasía del primer crecimiento hay un contenido de muerte, en la adolescencia el contenido será de asesinato” (p. 186). Se trata, en términos de Winnicott, del *asesinato simbólico del padre*, quien es destronado en la economía libidinal e identificatoria como faro idealizado del mundo endogámico. El trabajo de duelo se impone como trabajo clave cuando se trata de ampliar las referencias identificatorias y propiciar la salida exogámica, hacia el mundo de la sexualidad genital. La confrontación configura un telón de fondo donde la fantasía de asesinato se resuelva lúdicamente: “si se quiere que el niño llegue a adulto, ese paso se logrará por sobre el cadáver de un adulto. (Doy por sentado que el lector sabe que me refiero a la fantasía inconsciente [...]) (...) En algunos casos se podría decir: ‘Sembraste un bebé y recogiste una bomba’. En rigor esto siempre es así, pero no siempre lo parece (p. 186).

A modo de cierre

Creer, transformarse, devenir, perder, abandonar, asesinar simbólicamente, construir, reconstruir, historizar, narrar, ser empujado, conquistar, sufrir, amar... Sin dudas, el adiós a la infancia se compone de múltiples dimensiones en que la psique se transforma mediante recomposiciones que anudan permanencia y cambio. Así, nuestra sirenita se pregunta, junto a Charly García “¿cuántas veces tendré que morir para ser siempre yo?” La sinuosidad de las múltiples e infinitas direcciones enfrentan al sujeto con el vértigo del devenir. Finalmente, Luis Alberto Spinetta bien podría cantarle a la sirenita: “...y deberás crecer, sabiendo reír y llorar...”.

NOTAS

[1] David Nasio (2008) distingue la *imagen del cuerpo visto* y la *imagen del cuerpo vivido*. La primera refiere al *Estadio del Espejo* que Lacan (1988) conceptualiza a partir de Wallon, donde la identificación con la imagen especular constituye al Yo, en tanto representación del cuerpo -aquello que Freud (1914) vinculó con ese nuevo acto psíquico que da en llamar narcisismo. Nos dice: “algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (p. 74). El cuerpo vivido refiere a las experiencias tempranas del contacto cuerpo a cuerpo y su registro psíquico devenido -una vez que el Yo emerge en la vida psíquica- inconsciente. “La imagen [inconsciente] del cuerpo es la síntesis viva de nuestras experiencias emocionales: interhumanas, repetitivamente vividas a través de las sensaciones eróticas electivas, arcaicas o actuales. Se la puede considerar como la encarnación simbólica inconsciente del sujeto deseante” (Dolto, 2005, p. 21).

[2] Expresión de Judith Butler (2001) que nos permite pensar en aquellos vínculos que Piera Aulagnier denomina como asimétricos, cuyo prototipo es la pasión. La constitución psíquica se libra al interior de vínculos asimétricos, pasionales. “Es pasando por una relación pasional que el cachorro de hombre encuentra el amor” (Aulagnier, 2004b, p.161), la imposición de capital libidinal e identificatorio configuran, así, una violencia constitutiva (Aulagnier, 2004a).

[3] Freud (1921) nos dice que la identificación es “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (p. 99). Agrega, “la identificación reemplaza a la elección de objeto (...) la identificación con el objeto resignado o perdido, en sustitución de él, y la introyección de este objeto en el yo” (p. 100, 102). Piera Aulagnier, por su parte, teoriza el modo en que la identificación se entrama en un proceso continuo a lo largo de todo el devenir del sujeto. Los enunciados identificatorios que conforman el Yo pertenecen al discurso parental, aquella *sombra hablada* que se proyecta sobre el cuerpo del infans e inicia un proceso mediante el cual el circuito identificatorio se pliega sobre sí mismo. En este pliegue emerge, autoreflexivamente, el Yo. “El Yo comienza por catectizar los pensamientos identificantes por medio de los cuales el portavoz lo piensa (...) Una vez efectuada esta catectización, el Yo podrá ocupar el sitio de enunciante de esos mismos pensamientos, tras lo cual éstos retornan a su propia escucha como un enunciado del que él es el agente (...) Estos pensamientos retornan al enunciante bajo la forma de identificado en el cual el enunciante halla el apoyo necesario para su autocatectización” (Aulagnier, 2004b, p. 28-29).

[4] Esta dinámica identificatoria encuentra una metáfora ilustrativa en Octave Mannoni (1984), nos dice: “El sujeto está obligado (...) a condenar sus identificaciones pasadas. Sabe que ya no es un niño (...) y que se expone al ridículo (que produce precisamente una ruptura de la identificación en el nivel del Yo (...)). Los pájaros que mudan de plumas son desdichados. Los seres humanos también mudan, en el momento de la adolescencia, y sus plumas son plumas prestadas (...) sus ropas no parecen ser las suyas (...) y sobre todo ocurre lo mismo con sus opiniones: son opiniones tomadas de prestado” (p. 26-27).

[5] No me es posible obviar otros sentidos que se desprenden desde una mirada de género. La dimensión histórico-social que opera en la producción de subjetividad nos enfrenta con los sentidos patriarcales

que impregnan la particularidad del devenir de la niña. Como ya lo ha señalado Emilce Dio Bleichmar (1997), la catástrofe narcisista de la niña, cuando su Yo ideal femenino infantil se desmorona, requiere que, como resarcimiento narcisista, la adolescente reconstruya su Yo bajo los términos socialmente valorados, los mismos que atentan contra la asunción de una voz propia y el despliegue de una plena autonomía. Los ideales que la mujer persigue para la consecución del contrato narcisista (Aulagnier, 2004a) atentan contra su trascendencia (Beauvoir, 1977).

BIBLIOGRAFÍA

- Abeleira, H. & Delucca, N. (2004). Acerca de la familia. En *Clínica Forense en familia. Historización de una práctica*. Buenos Aires: Lugar.
- Andersen, H. C. (1837 [2014]). The Little Mermaid. En *Fairy Tales*. University of Southern Denmark Press.
- Aulagnier, P. (1991a). Los dos principios del funcionamiento identificatorio, permanencia y cambio. En L. Hornstein y otros (Comp.). *Cuerpo, Historia, Interpretación*. Buenos Aires: Paidós.
- Aulagnier, P. (1991b). Construir(se) un pasado. *Revista de Psicoanálisis APdeBA*, 13(3), 441-497.
- Aulagnier, P. (2003). *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Del discurso identificante al discurso delirante. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (2004a). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (2004b). *Los destinos del placer. Alienación, amor, pasión*. Buenos Aires: Paidós.
- Bauab de Dreizzen, A. (2001). *Los tiempos del duelo*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Benjamin, J. (1997). *Sujetos iguales, objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós.
- Butler, J. (2001). *Mecanismos psíquicos del poder: Teorías sobre la sujeción*. Madrid: Cátedra.
- de Beauvoir, S. (1977). *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *El feminismo espontáneo de la histeria. Estudio de los trastornos narcisistas de la feminidad*. Coyoacán (México): Fontamara.
- Dolto, F. (2005). *La imagen inconsciente de cuerpo*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1895 [1979]). Proyecto de psicología. *Obras Completas*, Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905 [1979]). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914 [1979]). Introducción del narcisismo. *Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915 [1979]). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1917 [1979]). Duelo y melancolía. En *Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1919 [1979]). Lo ominoso. *Obras Completas*, Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1921 [1979]). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gutton, P. (1991). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1988). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lewkowicz, I. (1997). Historización en la adolescencia. *Cuadernos APdeBA*, 1, 109-126.
- Mannoni, O. (1984). *La crisis de la adolescencia*. España: Gedisa.
- Moreno, J. (1997). Pubertad. *Cuadernos de APdeBA*, 1, 11-37.
- Nasio, D. (2008). *Mi cuerpo y sus imágenes*. Buenos Aires: Paidós.
- Rother de Hornstein, M. C. (1992). La pubertad ¿un traumatismo? Lo traumático en la infancia. *Diarios clínicos*, 5, 71-78.
- Silverman, K. (1996). *The threshold of the visible world*. New York: Routledge.
- Tubert, S. (1986). La estructura adolescente. En *La muerte y lo imaginario en la adolescencia*. Madrid: Saltes.
- Waserman, M. (2011). *Condenados a explorar. Marchas y contramarchas del crecimiento en la adolescencia*. Buenos Aires: Noveduc.
- Winnicott, D. (1972). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.